

Recensiones



LUIGI RUSSO: *I CROCIATI IN TERRASANTA. UNA NUOVA STORIA (1095-1291)*, ROMA: CAROCCI EDITORE, 2018, 282 P., ISBN: 978-88-430-9084-6.

Luigi Russo, profesor de la Università Europea di Roma, es especialista en historia de las cruzadas y de los normandos de Italia y del Oriente latino, argumentos a los que lleva dedicando numerosos trabajos desde hace más de veinte años. Precisamente este libro recoge el considerable bagaje de conocimiento acumulado durante todos esos años de investigación aportando una visión actualizada sobre las cruzadas, materia siempre presente en el debate historiográfico internacional sobre la Edad Media.

I crociati in Terrasanta. Una nuova storia (1095-1291) no es un libro más sobre el movimiento cruzado. Y no lo es, en mi opinión, al menos por cuatro aspectos fundamentales. En primer lugar, porque no se trata de una historia de las cruzadas, sino de una compleja y magna historia que se centra en los cruzados de Tierra Santa; es decir, en los hombres y mujeres que, desde finales del siglo XI hasta 1291, llegaron a Medio Oriente para establecerse allí, en entidades políticas fundadas por occidentales y definidas como *Outremer* (Ultramar). La complejidad de este establecimiento y la convivencia con las otras entidades políticas de Medio Oriente llevan al autor a ampliar su análisis para observar lo que sucedía en el vecino mundo musulmán, así como el impacto de la llegada, desde las estepas, de

nuevos pueblos de turcos y mongoles. Esto último está ligado con un segundo aspecto fundamental: el análisis de Russo tiene en cuenta el carácter internacional que marcó el movimiento cruzado en Tierra Santa, por lo que no es sólo una historia de Europa, del Mediterráneo, de los cruzados que por diversos motivos llegaron a Tierra Santa, sino también, y sobre todo, de lo que acontece en Medio Oriente durante la permanencia de cruzados. Ciertamente, es esta característica la que hace del libro de Russo una magna obra porque no sólo tiene en cuenta las problemáticas europeas que marcan el desarrollo de la cruzada y la evolución de los territorios cristianos en Medio Oriente, sino que, también, analiza la diversidad política y religiosa de las otras entidades asentadas en ese lugar que, de igual forma, tratan de expandirse. Por ello, un tercer aspecto relevante es la gran cantidad y pluralidad de fuentes a las que recurre Russo para obtener la mayor información al respecto durante la presencia cruzada; destaca la información, en ocasiones detallada, que proviene de fuentes islámicas —muy distinta de la que nos brindan las fuentes cristianas, a menudo centradas en reflejar el éxito del movimiento cruzado en Oriente— y que permite valorar la presencia de cruzados en esas tierras desde un punto de vista distinto al exclusivamente militar. Además, otro rasgo esencial del libro es que rompe con una visión demasiado tradicional de las cruzadas al evitar numerarlas en una lista propia de manual que, para el autor, tiene poca consistencia porque, como

bien afirma, relega a un segundo plano –cuando no las obvia– una serie de expediciones tan importantes como las que la historiografía ha entendido como principales (un claro ejemplo es la expedición del noruego Sigurðr Magnússon en 1110 o la de la flota veneciana en los años 1122-1124, ambas poco tratadas por los estudiosos, pp. 49-51; o, también, ya bien entrado el siglo XIII, las diversas expediciones en la cruzada de los barones que, finalmente, supuso la derrota de La Forbie, pp. 155-158). En efecto, prefiere el autor dar una visión más amplia haciendo hincapié en los acontecimientos: su *nuova storia* se divide en 7 capítulos, cuyo hilo conductor es el propio desarrollo del movimiento cruzado en Tierra Santa a lo largo de casi doscientos años de historia, desde sus inicios hasta su eclipse, que Russo conecta con los aspectos políticos, económicos, sociales, religiosos y militares que en él intervinieron.

El primer capítulo se concentra en los orígenes de la cruzada y en el nacimiento de *Outremer*. Unos orígenes que hay que situar en la llamada a la cruzada del papa Urbano II tras el concilio de Clermont de 1095 en el que una delegación bizantina había solicitado ayuda contra los paganos para defender a la Iglesia. La llamada impulsó una expedición de masa, que, probablemente, superó todas las expectativas de las autoridades eclesásticas, en la que participaron algunos de los más importantes miembros de la aristocracia francesa, normanda del *Mezzogiorno* italiano y germana. Tal contingente de combatientes cogió por sorpresa al mundo islámico y, en ese momento, los principales emires locales prefirieron pactar con los cruzados. Jerusalén cayó en junio de 1099. En este primer capítulo, Luigi Russo pone de relieve que, en estos iniciales tiempos de cruzada, no había motivos confesionales para impulsar la recuperación de los lugares santos, puesto que Jerusalén estaba bajo control islámico desde el año 638 (desde más de cuatrocientos cincuenta años) y no existía aún una confrontación entre lo islámico y lo cristiano, sobre todo, porque ni siquiera se entendían bien las enseñanzas del islam que tan sólo era entendida como una religión pagana. Por lo tanto, advierte el autor que quien atribuye motivos confesionales a los orígenes de la cruzada está cometiendo un anacronismo histórico

(p. 14). Igualmente afirma que los orígenes del movimiento cruzado son más complejos de lo que tradicionalmente se ha explicado de forma simplista. De hecho, los primeros textos no tienen tintes de cruzada (término que aparece en la documentación papal en el siglo XV), sino de peregrinación; tampoco el aspecto económico fue prioritario. Aquí Russo se adhiere a las tesis de Jonathan Riley-Smith y su escuela que apuntan la influencia en la partida a la cruzada de lazos de fidelidad y parentela que llevaban a los hombres a seguir a su *dominus*, razones de carácter penitencial, de naturaleza caballeresca, incluso, el atractivo de Jerusalén para los peregrinos fue también clave y, con el tiempo, se fueron creando casas aristocráticas con tradición de cruzada. Para Russo son diversos los motivos que llevaban a un hombre a hacer voto de cruzada, lo que explica que se embarcara en una empresa tan costosa. Puntualiza, además, que eran pocos los que obtenían posiciones de primer plano en Oriente y que la mayoría de hombres o fallecían durante el camino hacia Tierra Santa o terminaban por volver a sus lugares de origen (pp. 19-21).

En el segundo capítulo Russo se centra en la difícil administración de las tierras conquistadas por los cristianos occidentales, el *Outremer*. Efectivamente, el acuerdo de los cruzados con los bizantinos no había previsto cómo gestionar las conquistas y tampoco Urbano II había dispuesto una guía de la expedición convencido de que todo quedaría resuelto con el acuerdo alcanzado con los bizantinos. Por otro lado, fueron pocos los hombres que decidieron permanecer en Oriente, por lo que las dificultades para defender Jerusalén, y todo el *Outremer*, eran acuciantes. Con respecto a esto último, se discute en este capítulo una interesante cuestión: la tradición historiográfica había consolidado la idea de que el establecimiento occidental en Tierra Santa estaba limitado a algunos centros urbanos y a fortificaciones concretas esparcidas en áreas estratégicas bajo un sistema de tipo colonial, en el que una pequeña élite guerrera dominaba sobre una mayoría de agricultores con los que mantenía mínimos contactos directos. Sin embargo, en los últimos veinte años las investigaciones arqueológicas en los asentamientos rurales y urbanos del reino de Jerusalén han revelado la existencia

de comunidades pioneras de carácter migratorio en las que los hombres occidentales mantenían, a menudo, estrechos contactos con la mayoría islámica. Circunstancia que, no obstante, ha quedado escasamente reflejada en la documentación escrita, más preocupada en dejar testimonio de las actividades de expansión y de la guerra de conquista (p. 46). Con todo, en la línea de las aportaciones arqueológicas, Luigi Russo proporciona valiosos ejemplos del estrecho contacto entre cristianos y musulmanes en esos primeros años de presencia occidental en Tierra Santa, demostrando el vasto y detallado conocimiento que posee de las fuentes islámicas de la época (pp. 46-48).

Otro aspecto relevante de este capítulo es la fundación del reino de Jerusalén, cuyos reyes eran ungidos y coronados, y la sucesión en cada uno de los territorios de *Outremer*. Es del mayor interés que, precisamente, sean muchas veces las mujeres las que, ante la falta de un hijo varón, transmitan la corona del reino de Jerusalén; la primera de ellas Melisenda, hija de Balduino II. Igualmente, otras hijas de este rey concedieron la legitimidad necesaria, vía matrimonio, para la sucesión en los otros territorios de *Outremer* (pp. 53 y 56). Y los ejemplos se prodigan en los siguientes capítulos, lo que pone de manifiesto el extraordinario peso de las mujeres en la administración de los territorios cristianos de Oriente que Luigi Russo pone muy bien de relieve a partir de casos concretos como los de Melisenda, o las hijas del rey Amalarico, Sibila e Isabel.

El capítulo tercero se abre con un nuevo período político-institucional que inaugura Fulco de Jerusalén. Al acceder al trono, Fulco puso en posiciones clave a hombres fieles para garantizarse una clientela armada, lo que comportó malestar entre la aristocracia ya asentada en un territorio hostil en el que había tenido que pelear su posición en los campos de batalla (p. 63). En efecto, es una fase en la que se observan las primeras fracturas en el mundo cristiano de Oriente que se concretan en conspiraciones y rebeliones; también en la consolidación de distintos bandos favorables a uno u otro gobernante. En este momento, las acciones militares de expansión de los estados de *Outremer* entran en confrontación con la idea de yihad de Zengī y los

zengidas. Ciertamente, fue este líder quien consiguió aglutinar las divergentes fuerzas islámicas bajo la idea común de yihad, es decir, de esfuerzo para cumplir la voluntad de Dios que pronto quedó conectado con la guerra. Una guerra que no siempre tuvo como objetivo los territorios controlados por los cristianos, lo que para Russo significa, una vez más, que en la lucha entre cristianos y musulmanes intervenían muchos otros factores más allá de los estrictamente religiosos (p. 71). En estas circunstancias, los cruzados de Tierra Santa se enfrentan a un enemigo, también en expansión, que ha ido haciéndose fuerte y ello ocasionará la pérdida de territorios –Edesa– y la llamada a una nueva cruzada que, sin embargo, fracasó con el fallido asedio de Damasco e incentivó la contraofensiva islámica. A partir de este momento, la historia de los cruzados en Tierra Santa de Luigi Russo adquiere rapidez.

En efecto, los capítulos cuarto, quinto y sexto son una sucesión de guerras y cambios de líderes, cristianos y musulmanes, que desaparecen de escena y son reemplazados por otros. Es una parte del libro donde se descubre la gran elocuencia del autor y el excelente manejo de todas las fuentes que tiene a su alcance para presentar, de forma ágil y brillante, los complejos acontecimientos de una guerra santa que confronta mundos distintos en plena expansión. Así, la historia avanza con los enfrentamientos entre Nūr al-Dīn, que conquistó Damasco y se acercó a la frontera con el reino de Jerusalén, y Balduino III; su sucesor, Amalarico I, que selló un acuerdo con Bizancio y emprendió expediciones contra el expansionismo de Nūr al-Dīn, varias de ellas contra Egipto tratando de evitar la alianza entre Damasco y el Cairo; luego aparece en escena Saladino y su activismo militar que marcan una nueva era en Medio Oriente, en la que el reino de Jerusalén resiste bajo Balduino IV a la espera de refuerzos de Occidente; después accede al trono el pequeño Balduino V mientras las grandes divisiones internas se acentúan en la corte de Jerusalén, lo que fue aprovechado por Saladino para intervenir militarmente, derrotar a los cristianos en Hattin y conquistar Jerusalén en 1187. El equilibrio cristiano en Medio Oriente se había roto y Occidente responde a la con-

quista islámica de Jerusalén: Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto se enfrentan contra Saladino y la curia papal se compromete más férreamente con la cruzada bajo el papa Inocencio III. En ese contexto los cruzados conquistan Constantinopla, lo que evidencia, una vez más, la falta de unión de los cristianos. Las nuevas dificultades en Tierra Santa llevaron a los cruzados a ponerse un objetivo distinto y, así, la cruzada se dirigió contra Egipto, donde se impuso la nueva fuerza de los mamelucos.

Llegamos, así, al séptimo y último capítulo dedicado a la caída de San Juan de Acre en 1291, última capital cruzada en el reino de Jerusalén. En esta parte se describe primordial, para comprender el debilitamiento de los cruzados en Tierra Santa, conocer la evolución política y militar del escenario de guerra donde emergen las fuerzas mamelucas e irrumpen los mongoles de las estepas. Las dificultades de Occidente por mantener una posición de éxito en el conflicto entre mamelucos y mongoles explican el fracaso final de las acciones de Luis IX el Santo, el cruzado por excelencia, y la desaparición definitiva de *Outremer* ante el impulso de una guerra santa liderada, ahora, por los mamelucos.

Las consecuencias de la desaparición de *Outremer* se sintetizan en el epílogo donde Luigi Russo afirma que la caída de San Juan de Acre supuso una nueva etapa en la historia del movimiento cruzado porque, a partir de ese momento, el papado iba a utilizar la cruzada como un instrumento propio para reforzar el centralismo de Roma. Según el autor, en ese sentido hay que entender la instauración del Jubileo del año 1300 por el papa Bonifacio VIII. Un Jubileo que iba a suponer la reorientación del eje de los intereses de la cristiandad de *Outremer* a Roma. Se cerraba así una época: Tierra Santa no se encontraba más en Jerusalén, sino en Roma, adonde, a partir de ese momento, se dirigían la mayoría de las peregrinaciones para venerar las reliquias traídas de Tierra Santa.

Así se cierran 211 páginas de texto que Russo ha ilustrado, además, con una serie de mapas, tomados de otros estudiosos, que ha modificado convenientemente para sus objetivos y que son un apoyo esencial para

hacer más comprensible la compleja evolución política y militar de los territorios sobre los que escribe. De igual forma, creo que podría tenerse en cuenta, para un futuro, la posibilidad de incluir algunos cuadros genealógicos que contribuyeran a ilustrar el gran despliegue de contactos con Occidente que hicieron posible esta dilatada historia de construcción y defensa de *Outremer* a lo largo de casi dos siglos. Como queda patente en el libro, fueron numerosas las casas aristocráticas y las realezas europeas que participaron en las expediciones cruzadas, pero también en la creación de los territorios cristianos de Medio Oriente y en su sucesión. Y, siendo esta última cuestión primordial para la continuidad de la presencia cruzada en Tierra Santa, no siempre resulta fácil visualizar a los distintos individuos que intervinieron en la sucesión del reino de Jerusalén y de los demás territorios cruzados, por lo que el apoyo de ese material podría ser eficaz y, sin duda, contribuiría, también, a hacer más evidente el destacado papel de las mujeres en la sucesión y administración de *Outremer*.

Finalmente, Russo ha enriquecido su texto con otras 59 páginas de una amplísima bibliografía actualizada que, a su vez, se divide en dos partes: la primera, es una explicación crítica de las obras de referencia sobre los argumentos y personajes destacados de cada capítulo, muy útil para profundizar en ellos; la segunda, responde a una abundante recopilación de las fuentes existentes, lo que convierte esta parte del libro en una excelente guía de estudios sobre las cruzadas en Tierra Santa.

En suma, el libro de Luigi Russo es un trabajo presentado con erudición, en el que el autor nos brinda gran cantidad de datos y nos acerca a la discusión historiográfica sobre temas candentes de la historia de las cruzadas de forma accesible al gran público, pero que resulta de extraordinario valor para los especialistas porque sintetiza y discute, en poco más de doscientas páginas, las grandes aportaciones de la historiografía, entre las que, obviamente, se sitúan las suyas propias, a la historia de los cruzados en Tierra Santa.

SONIA VITAL FERNÁNDEZ

EDUARDO CARRERO: *LA CATEDRAL HABITADA. HISTORIA VIVA DE UN ESPACIO ARQUITECTÓNICO*. COLECCIÓN EL ESPEJO Y LA LÁMPARA (17), BARCELONA: EDICIONES UAB, 2019, 439 P. ISBN: 978-84-947993-3-4.

Este esperado libro de Eduardo Carrero es el resultado de la dilatada experiencia investigadora del autor, en buena medida dedicada, ya desde su tesis doctoral, a las catedrales ibéricas.

Si ya en sus primeros trabajos los conjuntos catedralicios se comprendían como complejos articulados en relación a sus usos y funciones, la evolución posterior del investigador le ha dirigido hacia un creciente interés por la liturgia, comprendida en su variedad, peculiaridades locales y papel como esclarecedora de aspectos tanto arquitectónicos como mobiliarios o iconográficos. Convertido en conspicuo representante hispánico del *liturgical turn*, de ese sesgo metodológico se beneficia especialmente un libro en el que los conocimientos litúrgicos no se ponen al servicio de constructos o generalizaciones, si no que se utilizan para explicar las características y funcionamiento de los conjuntos catedralicios estudiados, a la vez que iluminan aspectos hasta este momento incomprendidos de su configuración.

La obra se articula en tres grandes bloques a los que se añaden una introducción y un epílogo. La introducción plantea ya algunos de los temas fuertes del libro, y quizá también los más polémicos. Por una parte, desmiente el manido tópico de la castiza “peculiaridad arquitectónica hispánica”, a la vez que postula la singularidad de cada conjunto, configurado en relación a unas necesidades particulares que condicionan la gestión del espacio arquitectónico.

A este problema se dedica el primer bloque temático, explicándose, en primer lugar, la organización de una catedral y la compleja coexistencia de obispo y cabildo, su regulación y competencias, así como la evolución de los colegios capitulares. A continuación, se analizan las líneas generales y principales episodios de la liturgia, que pasa luego a localizar en sus escenarios arquitectónicos, y su evolución y transformaciones: localización de altares, retroaltares, coros, capillas y complementos

mobiliarios tales que cátedras o retablos; espacios de articulación, de comunicación o de celebración procesional, como transeptos, girolas o vías sacras. Estos elementos adquieren, a la luz de los libros litúrgicos, costumbrarios, obituarios, y de la documentación conservada, una vibrante vitalidad al convertirse en el marco de la vida religiosa catedralicia, de sus celebraciones, adaptaciones, conflictos y cambios históricos. Un primer apartado independiente se dedica al peliagudo problema de los coros, fundamentalmente para analizar, y deconstruir, la génesis y consolidación del concepto de coro “a la española”, uno de los más populares constructos históricos hispánicos. Para ello se embarca en un recorrido, tan complejo como esclarecedor, por las transformaciones de algunos conocidos coros hispánicos durante la Edad Media. Así, se vincula la localización de algunos de ellos en la nave de la iglesia, a partir del siglo XIII, al creciente desarrollo del culto eucarístico, y a la necesidad de satisfacer el deseo de los fieles de asistir visualmente al episodio de la transubstanciación. Una vez centrado el problema, recurre a ejemplos extrahispánicos para demostrar cómo, en ocasiones, la misma exigencia litúrgica puede encontrar soluciones diferentes, y de qué manera se intentó conseguir la visibilidad eucarística durante la Baja Edad Media y después del Concilio de Trento en Portugal, Francia e Italia.

En este primer bloque se tratan igualmente otros temas relevantes: las plataformas elevadas en las iglesias, y otros escenarios, y su utilización en la música y las dramatizaciones litúrgicas; la custodia de reliquias y cuerpos santos, los lugares que ocupaban en las exhibiciones, procesiones y otros acontecimientos que se celebraban en torno a ellos; los enterramientos y la importancia de la memoria funeraria en la configuración catedralicia: fundación de capellanías y cofradías, y espacios que las albergaban; construcciones efímeras levantadas con ocasión de funerales de relieve; capillas funerarias, sepulcros y procesiones vinculadas a la conmemoración memorial. Sigue el análisis de otras capillas consagradas a devociones especiales.

El segundo bloque se dedica a las relaciones establecidas entre las catedrales y la monarquía. En la Pe-

nínsula Ibérica, como en el resto de Europa, la mayor parte de los conjuntos iconográficos regio son producto de encargos capitulares, promovidos con la intención de reforzar o establecer lazos con los monarcas, o de reverdecer antiguas alianzas a menudo difuminadas por el paso de los años. Algunos de estos repertorios recordaban a fundadores o benefactores del establecimiento, tratando de evitar el olvido de sus sucesores. Trata igualmente en este apartado otro espinoso problema: la catedral como escenario de la coronación, y la supuesta influencia de estos solemnes acontecimientos en la configuración de los espacios: la conclusión es también desmitificadora y se inserta, como es norma en esta obra, en su contexto europeo. En realidad, concluye el autor, las ceremonias de coronación no forzaron disposiciones específicas dentro de la catedral, sino que, al igual que otras celebraciones desarrolladas en estos recintos, utilizaron espacios dedicados cotidianamente a otras funciones, que se transformaban mediante tarimas y otros dispositivos alzados para la ocasión. Es en esta parte en la que con más claridad se perfila otra de las tesis fundamentales del libro: la polifuncionalidad de una buena parte de los espacios eclesiásticos, adaptados a usos y simbolismos diferentes mediante elementos efímeros: tabladros, monumentos, estandartes o colgaduras, cuando no cambiado su contenido simplemente gracias a los propios episodios litúrgicos de los que eran escenario.

El último bloque analiza la arquitectura catedralicia en función de los mil usos cotidianos que acogía. La catedral como biblioteca es el primero de ellos, no sólo atendiendo al espacio prioritariamente dedicado a la custodia libraria sino también indagando en los diferentes depósitos, su dispersión y utilización, así como en otros tipos de difusión de mensajes escritos realizados con finalidad memorial, piadosa o publicitaria. Las catedrales fueron también centros de enseñanza y transmisión de la palabra tanto escrita como leída y cantada, y a este fin se destinaron importantes recursos que garantizaban la existencia de una estructura docente en aras de la celebración solemne y correcta del culto, con especial atención a las importantes celebraciones musicales, de cuya importancia y solemnidad

resulta difícil hacerse idea hoy en día. Por otro lado, y aunque la finalidad fundamental de una catedral fuera el desarrollo de la liturgia protagonizada por la comunidad canónica, ésta no podía sustraerse a sus obligaciones asistenciales. Mientras que las principales altares y recintos se reservaban para los actos capitulares, otros espacios menores albergaban funciones parroquiales, cuidando los clérigos de la salud espiritual de los laicos. Durante los tiempos fuertes del año litúrgico, Navidad, Candelaria, Ramos, Triduo sacro, Corpus Christi, la catedral se convertía en el eje de las celebraciones ciudadanas, con las parroquias y monasterios gravitando en torno a ella. Los grandes predicadores mendicantes encontraron también acomodo entre sus muros, siendo apreciados sus sermones especialmente por los fieles que abarrotaban los edificios para escuchar a los más conocidos por su brillante oratoria. La catedral encontraba una ampliación en la plaza que precedía a sus portadas, especialmente a la principal. En ella podía instalarse el predicador para alcanzar una audiencia todavía más multitudinaria, y en ella se organizaban celebraciones, procesiones y espectáculos litúrgicos, recreativos o penitenciales. Los barrios que la rodeaban quedaban igualmente ligados a ella como lugar de residencia de los canónigos secularizados.

Resulta imposible tratar en esta breve reseña todos los aspectos que se estudian en esta obra, en la que se destaca precisamente el carácter polifuncional de las catedrales hispánicas y europeas. Pero, para finalizar, hay varias aportaciones del libro que merecen ser destacadas.

En primer lugar, el empeño del investigador en superar el mito de la peculiaridad y aislamiento hispánicos: el prudentemente elegido repertorio de edificios europeos con los que Carrero compara los hispánicos exige el abandono del tópico: las catedrales europeas, como las españolas, resolvieron problemas y sirvieron a sus necesidades de la manera que mejor pudieron, siempre en la medida de sus circunstancias, tradiciones, características y posibilidades económicas.

En segundo, el autor, sin renunciar a definir líneas generales de alcance europeo por lo que respecta a la organización capitular, la disposición del culto o las ne-

cesidades litúrgicas, coloca el foco sobre la importancia de las tradiciones propias, las liturgias particulares o los cultos locales celebrados en cada centro, en los que frecuentemente se encuentra la explicación de configuraciones oscuras o cuya complejidad, simplemente, había sido pasada por alto hasta este estudio.

Su tercera aportación es la importancia que adjudica a la polifuncionalidad. Se agradece especialmente la crítica que dedica a la asociación automática entre tipología y función, y la manera en que se destaca de qué manera el mismo espacio, en virtud de las diferentes actividades que se desarrollan en él, o mediante algunos cambios cosméticos, albergaba cómodamente funciones variadas, ya fueran ocasionales o cotidianas.

Por último, un aspecto de esta obra la dota, en mi opinión, de un particular atractivo: la concepción de la catedral como un espacio vivo, dinámico, cambiante, y

en el que numerosos grupos humanos deben coexistir y ser capaces de compaginar el desarrollo de una solemne liturgia canónica con la atención pastoral, la acción política y la celebración festiva. A la manera de los historiadores que cultivan la «Nueva Historia Narrativa», Carrero ha intentado derribar las barreras entre pasado y presente para acercarnos a la vibrante vida catedralicia anterior a la musealización de unos espacios que siguen resultando hermosos, pero cuyo significado histórico sólo podemos entrever en la actualidad. Y ha tenido éxito.

Únicamente podríamos haber deseado que este documentadísimo libro hubiera sido algo más prolijo en su aparato crítico. Pero quizá habría sido pedir demasiado.

RAQUEL ALONSO ÁLVAREZ
UNIVERSIDAD DE OVIEDO.

